

La suave patria: un crisol del nacionalismo cultural mexicano

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

El objetivo de este artículo es mostrar que “La Suave Patria” (1921) es un poema que establece puntos de contacto entre el pasado y el presente. Es un mundo poético utilizado por el Estado para construir y difundir el nacionalismo cultural en el México posrevolucionario.

Abstract

This article pretends to show that “La suave Patria” (1921) it’s a poem that establishes the points of contact between past and present. It’s a poetic world used by the state to built and spread the cultural nationalism of the postrevolutionary Mexico.

Palabras clave: nacionalismo, *Suave patria*, México posrevolucionario, Estado.

Keys words: nationalism, *Suave patria*, postrevolutionary Mexico, State.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás, “La suave patria: un crisol del nacionalismo cultural mexicano”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm 56, semestre I, enero-junio de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 239-251.

La forma del poema, en otras palabras, resulta crucial para el poder que tiene la poesía de realizar eso que le da y siempre le dará certidumbre como tal: el poder de persuadir a esa parte vulnerable de nuestra conciencia de su bondad, a pesar de la evidencia de maldad a todo su alrededor; el poder de recordarnos que somos cazadores y recolectores de valores, que nuestras mismas soledades y congojas son dignas de certidumbre, en tanto que son, también, una prenda de nuestro verdadero ser humano.

Seamus Heaney, *Certidumbre en la Poesía* (1995)

I Introducción

En el devenir del proceso del Estado-Nación concurren muchos elementos para conformar las comunidades imaginadas a las cuales hacía referencia Benedict Anderson¹. Entre estos elementos fundamentales se expresan los espacios geográficos y las manifestaciones culturales que representan el espíritu del pueblo que conforma parte de ese imaginario social, como expresión de fuerzas que a lo largo del tiempo delimitan parte de ese rostro nacional con el cual nos identificamos.

En el caso de México, su historia está compartida de estas tradiciones y rupturas que nos llevan por los caminos de la creación estética como un proceso inabarcable de las múltiples manifestaciones que se dan a lo largo y ancho del territorio nacional. Un territorio que se ha consolidado como un recipiente de barro que contiene las distintas aguas del río mexicano que han recorrido los veneros profundos de su historia.

Uno de estos manantiales es la expresión poética de aquellos juglares que se atrevieron a recorrer el paisaje mexicano para pintar el "alma nacional" como un componente esencial de la historia patria y del nacionalismo. En estas pinturas elaboradas con la riqueza de la lengua española y la gran herencia del pasado indígena se establecieron las voces que dieron aliento y vida a un nuevo concepto: el nacionalismo.

Una de las primeras condiciones para hablar sobre la nación, y por lo tanto del nacionalismo, es la conferencia que dictó el pensador francés Ernest Renán en 1882, con el sugestivo título de: *¿Qué es una nación?*, bajo los embates de la guerra franco-prusiana, entre dos naciones. Francia y Alemania.

¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Renán establece una serie de principios que dan vida al sentimiento de nación. Y en su periplo explicativo menciona entre otros: el territorio, la historia, la moral, las costumbres, una voluntad de ser, entre otros importantes factores que han recorrido la historia de un pueblo en el tiempo y el espacio, y por ello define a la nación como:

Una nación es un alma, un principio espiritual. La Nación, como el individuo, es la consecuencia de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de desvelos. El culto a los antepasados es el más legítimo de todos; los antepasados nos han hecho lo que somos. Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria; he aquí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente, haber hecho grandes cosas juntas, querer hacerlas todavía, he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo.²

Con estas ideas, en este trabajo, proponemos acercarnos a la figura de Ramón López Velarde (1888-1921), como un poeta fundamental para la creación de un nacionalismo literario en la República de las letras mexicanas de principios del siglo xx.

II **La aurora del siglo xx mexicano**

El tiempo mexicano de finales del siglo xix se debatía entre la modernidad y la fe inconmensurable puestas en el orden y en el progreso como dádivas del mundo occidental. La figura señorial del presidente y dictador Porfirio Díaz engalanaban el tiempo de espera entre el viejo y el nuevo siglo.

Las viejas rencillas entre liberales y conservadores durante gran parte del siglo xix, establecieron las estaciones culturales de unas generaciones ávidas por la estabilidad política, el crecimiento económico y el reconocimiento internacional. Todas ellas abocadas a encontrar los rituales necesarios en el espacio cívico y religioso para conformar las fechas festivas de un país en busca de su expresión e identidad nacional.

Muchas de estas herencias entraron a los calendarios, a los almanaques y a los libros de historia como una forma inexorable de crear un concepto de patria, nación e historia. La historia se convirtió en una apuesta, que no podía esperar, para consolidar una historia nacional, divulgada y aceptada en un

² Ernest Renán, *Qué es una nación?* Madrid: Alianza Editorial, 1987, pp. 82-83.

territorio cada vez más centralizado y controlado por el estado mexicano. La cultura y el nacionalismo se abrazaban para disponer la entrada de México al concierto de las naciones:

La estetización de la política era uno de los pilares fundamentales sobre los que se apoyaba este tipo de gobierno y otro de ellos lo constituía la sacralización de la nación, convertida en nueva deidad secular susceptible de recibir los sacrificios humanos de los tiempos modernos, las conmemoraciones nacionales se presentan como un lugar privilegiado desde el que analizar la presencia y la articulación de la cultura política cesarista en los años finales del Porfiriato.³

En el esquema de interpretación elaborado por Octavio Paz,⁴ entre la tradición y de la ruptura, la cultura mexicana se subsume en una lucha incesante de contrarios por encontrar la identidad del ser y el de representar la esencia de la poética mexicana en el tiempo. Es en esa búsqueda donde las letras mexicanas encuentran su máxima expresión como referentes de la realidad nacional.

Son compases de espera, en esa relación complementaria entre la cultura y la política donde encontramos la expresión de ese nacionalismo que se va consolidando como una parte inherente a la historia, a la política y al acontecer de la vida cotidiana de la población mexicana. Espera que es definida de forma elegante y absoluta por la escritora Andrea Köhler:

Cierto que la poesía siempre se mueve cerca de la frontera del trance, que dicta a los sueños diurnos la letra de sus imágenes. Pero únicamente en los intersticios entre sueño y vigilia, donde la anestesia de la conciencia ya no rige, pero tampoco la razón, entrega lo soñado su valor metafórico.⁵

La nación y el nacionalismo se convierten en metáforas y representaciones culturales apoyadas desde el Estado y difundidas por los mecanismos que tiene el gobierno para transformarlas en información homogénea que construya lazos de identidad entre la población, por lo menos, para compartir referentes patrióticos: fechas, héroes, batallas, discursos, representaciones, imágenes,

³ Lara Campos Pérez, *Ave, oh, Porfirio! Conmemoraciones, cesarismo y modernidad al final del Porfiriato (1900-1911)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. p. 3.

⁴ Para mayor información véase Octavio Paz, *El arco y la lira*, México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

⁵ Andrea Köhler, *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*, Barcelona: Libros del Asteroide, 2018, pp. 73-74

palabras, ideas, paisajes, entre otros factores, que identifiquen lo nacional, como un crisol de situaciones y posibilidades que son posibles de compartir.

Los vientos del cambio soplaban por todo el paisaje mexicano. Los campos y las ciudades eran testigos de los rumores de levantamientos sociales en contra del otrora poderoso militar Porfirio Díaz. En estas aguas turbulentas, los cambios se darán como posibilidades de cambio en la vida de los mexicanos.

Esta imprevisibilidad histórica –que ahoga los designios voluntarios de los seres humanos– aparece en la escena de la tragicomedia mexicana, como algo que no se hereda ni se planea directamente. La historia es una incesante caja de pandora que nos sorprende continuamente con lo inesperado, y a veces, lo poco pensado de un cambio social. Como lo ha descrito magistralmente la filósofa Hannah Arendt:

Sea como sea, al decir que ningún testamento nos legó nuestra herencia, el poeta alude al anonimato del tesoro perdido. El testamento, cuando dice al heredero lo que le pertenecerá por derecho, entrega las posesiones del pasado a un futuro. Sin testamento o, para sortear la metáfora, sin tradición –que selecciona y denomina, que transmite y preserva, que indica donde están los tesoros y cuál es su valor–, parece que no existe una continuidad voluntaria en el tiempo y, por tanto, hablando en términos humanos, ni pasado ni futuro: sólo el cambio eterno del mundo y del ciclo biológico de las criatura que en él viven.⁶

Y así los movimientos culturales son un crisol, un sincretismo entre el pasado, el presente y el futuro, para construir una tradición pero también para edificar la modernidad. Esos sueños del pasado que se convierten en realidades del presente para establecer las normas que van mostrando las líneas hegemónicas de una visión de la cultura sobre otras posibilidades.

III

La Patria y la pasión cultural

La transición del antiguo régimen a la revolución vino a configurar un nuevo mapa cultural del Estado mexicano. La apertura de los campos culturales y sociales movilizaron al Estado para tratar de construir un programa de gobierno que integrara a todos aquellos sectores sociales –obreros, campesino, indígenas, entre otros– que habían sido excluidos por la elite porfiriana.

⁶ Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, México: Austral, 2020. p. 16.

Los vientos revolucionarios transformaron hasta cierto punto las viejas ideas evolucionistas, positivistas, racistas en una nueva propuesta de un mestizaje más incluyente, por lo menos en el discurso o en los planes y programas revolucionarios de las distintas facciones militares que participaban en la guerra civil de 1910.

La patria se forjó con las luchas y con la sangre de una población ávida de cambios. El sentimiento de pertenencia a un pasado, simbolizaba la esperanza de un mejor mañana. Los ancestrales reclamos revolucionarios –reparto de tierras, procesos de elección democrática, programas de salud y educación, entre muchos otros– impulsaron los cambios dentro del rostro de un país que pasaba de un mundo rural a un mundo urbano.

La lucha violenta y fraticida tuvo su esplendor en términos militares en los años de 1912 a 1915, donde muchas batallas fueron definiendo el rumbo de la misma revolución mexicana. La vida cotidiana fue trastocada por una violencia revolucionaria que transformó la apacibilidad de la provincia en un estado de anarquía, incertidumbre y miedo que ensombreció la vida de la población mexicana.

Las viejas formas de vida y pensar fueron siendo sustituidas por nuevas realidades. Tanto en el campo como en la ciudad se vivió la revolución como un viento que arrastró propiedades, sembró odios y descontentos, desplazó poblaciones a otros espacios y otras formas de producción. En este ambiente se hizo necesaria la intervención de un Estado más fuerte y de la necesidad de que los caudillos militares tuvieron que imponer sus planes y programas sobre sus enemigos políticos.

Las ideas fueron desplazando poco a poco las balas como medios para reorganizar un país destruido y atomizado por intereses personales y de grupo. Aquella memorable pieza de Martín Luis Guzmán: *La fiesta de las balas* es superada por el deseo inquebrantable de construir un nuevo país, de forjar patria. Como lo estableció el antropólogo Manuel Gamio en 1916:

Y esa pugna que por crear patria y nacionalidad se ha sostenido por más de un siglo, constituye en el fondo la explicación capital de nuestras contiendas civiles. Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y de bronce confundidos.⁷

⁷ Manuel Gamio, *Forjando Patria*, México: Porrúa, 1982. p. 6.

Las turbias aguas revolucionarias poco a poco se irían asentando a su nivel para construir un paisaje en movimiento que fuera adecuado para transformar el país en un proyecto de nación donde los distintos actores políticos encontrarán un espacio adecuado para intervenir e integrarse al sueño de una modernidad mexicana basada en el trabajo, la educación y la industrialización como emblemas de ese México moderno y cosmopolita.

Es a partir de 1917 con la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, cuando realmente hay un quiebre en el discurso y la práctica revolucionaria por generar muchos espacios en el ámbito de la vida nacional para dar respuesta a las demandas revolucionarias. Aunque también siguen las disputas por el poder y los levantamientos militares, en variadas versiones, siguen siendo una dolorosa e inevitable realidad del México posrevolucionario. Como lo mencionó en su momento el gran polemista Francisco Bulnes:

La nación cansada de ensueños, de desgracias, de saltimbanqueo político, de películas de penitenciaría, de gorjeos democráticos con perfume de lepra, de miseria de muladar, de triunfo de los inmortales principios, quiso descansar aun cuando fuera sobre el duro suelo de una autocracia, con tal de obtener tranquilidad de vientre y tranquilidad de espíritu.⁸

Entonces la revolución mexicana nos sirvió para voltear a nosotros mismos y a nuestras circunstancias, saber que existíamos por nosotros mismos y nuestro pasado. El tiempo mexicano era circular y a la vez lineal. Las voces del pasado resonaban en los espacios del presente para notificarnos que éramos continuidad más que ruptura.

Los viejos problemas nacionales seguían en el escenario mexicano y que para buscar soluciones teníamos que voltear al pasado, invocar a los viejos dioses de nuestro cementerio nacional. Como nación teníamos que reconocernos en las aguas de la historia. Como narcisos teníamos ante nosotros el espejo de las aguas para ver el verdadero rostro del pueblo mexicano.

Y como escribió el polifacético hombre de letras, Alfonso Reyes sobre nuestra condición histórica de redescubrimiento como pueblo y como cultura, en ese extraordinario ensayo de 1930, *México en una nuez*:

Aquella efervescencia, aquel entusiasmo por lo nacional que ya señalamos, tuvo por causa, además de lo que llevamos dicho, el bloqueo práctico a que México se vio

⁸ Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*, México: Ediciones de "El Universal", 1927, p. 57.

sometido durante la Guerra Europea, por no haber podido, en mala hora, definir su actitud, ocupado como estaba en la solución de sus propias luchas intestinas. Entonces hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dio cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir otra vez el patrimonio ya olvidado; como desenterrar el oro escondido de los aztecas, ¡aquella sugestiva fábula!; De suerte que todo eso teníamos en casa, y no lo sabíamos? Pero ¿habremos sabido de veras aprovechar nuestro tesoro?⁹

En este ambiente de relativa paz, donde la revolución mexicana encauzara su victoria por el camino de la reconstrucción nacional –período que enmarca aproximadamente el período 1920-1940–, México transitará por una senda llena de proyectos e instituciones que harán de ella, lo que algún autor llamo: el “laboratorio de la revolución”.

En este breve espacio de una década: 1910-1920, México se forjará un nuevo rostro y del cual el poeta zacatecano Ramón López Velarde será un artifice más para edificar el nacionalismo literario del México posrevolucionario. Con su obra poética logrará remarcar el diapasón del tiempo poético mexicano entre: la tradición y la modernidad, la provincia y la ciudad, el pasado y el presente, en fin, el mundo de ayer resonando en el mundo de hoy.

La figura de Ramón López Velarde, es un elemento más en la cocina poética de ese menú llamado: el nacionalismo mexicano. Un crisol de ingredientes que sazonó el nacionalismo y al arte posrevolucionario para enriquecer la cultura mexicana en sus múltiples manifestaciones estéticas de las bellas artes.

IV

La letra y La Suave Patria

El México posrevolucionario es un inmenso mosaico de expresiones históricas y culturales. Su proceso de homogeneización, y por lo tanto, inminente proceso de centralización y ubicación en el ombligo del mundo, según Gutierre Tibón, Tenochtitlan-Nueva España-Ciudad de México, tríada inmemorial en el tiempo y el espacio como dimensiones de la conciencia histórica y la identidad nacional. Dónde se forjó el México moderno, cosmopolita y civilizado, en el cual, nos reconocemos como herederos de un grandioso y glorioso pasado.

La revolución mexicana fue un termómetro de las expresiones regionales que manifestaron su existencia al interior del país, desde la misma provincia,

⁹ Alfonso Reyes, *México. T. 1*, México: Fondo de Cultura Económica/Tecnológico de Monterrey/ Fundación para las Letras Mexicanas, 2005, p. 126.

símbolo de la patria y corazón de ese México profundo negado pero existente. Esa riqueza cultural, espiritual y material, es la expresión decantada en y sobre el tiempo, como aguas cristalinas que recorren el territorio nacional, de ahí su trascendencia y actualidad para el México posrevolucionario, como lo afirma el historiador Alan Knight:

Hoy en día la Revolución es menos monolito –un bloque sólido de piedra– y más mosaico, una masa de pedazos y pedacitos, que, no obstante su gran complejidad, sí ostenta patrones coherentes cuando se observa desde cierta distancia, a través de los lentes correctos. Los pedazos –las tesserae del mosaico, si se quiere –pueden ser individuos, instituciones, grupos sociales, sectores económicos, facciones políticas o, en este caso, lugares geográficos. De hecho, como mencionaré, muchos individuos, instituciones, grupos y facciones están íntimamente relacionados con lugares particulares, y no pueden ser entendidos sin un sentido del lugar.¹⁰

En este paisaje de cambios y propuestas revolucionarias aparece Ramón López Velarde en la escena regional y posteriormente en una dimensión nacional. Su educación provinciana y católica le permiten querer estudiar el sacerdocio, pero los vientos revolucionarios lo llevarán por distintas partes del país. Pero termina estudiando la carrera de Derecho.

Su obra, no muy extensa, consta principalmente de poesía: *La sangre devota* (1916), *Zozobra* (1919), *La suave patria* (1921) y *El son del corazón* (1932, póstuma) y de prosa: *El minuterero* (1923) y *El don de febrero y otras prosas* (1952, póstuma).

Su poesía es de corte intimista, de un profundo sabor moral que se regodea en las costumbres y en un mundo provinciano limitado por la mentalidad de la época, pero a la vez, paradójicamente, es un entrecerrar los ojos entre el mundo del ayer y del presente. El rescate de la provincia para fortalecer el alma nacional en construcción permanente de la identidad nacional.

Pero también la vida en provincia, en los pequeños pueblos, late una vida significativa para el rostro nacional. Este interés de lo local, de la patria, ya lo había desarrollado el historiador Luis González en sus indagaciones elegantes y literarias en sus temas de la microhistoria, al afirmar:

México es particularmente proclive a la historiografía menuda. El camino natural de la ciencia histórica mexicana es localista. Los otros caminos han sido impuestos

¹⁰ Alan Knight, *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados*. México 1910-1940, México: Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 49.

muchas veces por el poder, la imitación extranjerizante, la moda y la pedertería universitaria... La curiosidad histórica se dirige hacia la vida local porque está, en México, es de una riqueza inconmensurable para la emoción, el pensamiento y la moción... México es un mosaico cultural. Por lo mismo, sólo la historia local puede descubrir su verdad histórica. Por lo mismo los temas históricos locales son particularmente numerosos e interesantes. Los hay para todos los gustos.¹¹

En este consuetudinario desdén por la provincia, por las patrias chicas, la poesía de Ramón López Velarde aporta una nueva mirada hacia ellas. Y es, sin duda, el poema de *La Suave Patria*, que enmarca el pasado y el presente de un país que se debate entre la tradición y la modernidad, entre el mundo parroquial y el mundo de las metrópolis, que van a dar los fundamentos poéticos y estéticos del México posrevolucionario.

Pero también es un acercamiento a la vida cotidiana de nuestro pasado y que evoca tiempos pasados pero que a la vez son presentes en el discurrir de la población mexicana. Dicho poema ha tenido distintas interpretaciones, se ha considerado: costumbrista, decadente, nacionalista, provinciano, revolucionario, y hasta moderno. Pero en el fondo, es una composición poética que enlaza la vida cotidiana del mexicano a través de la historia y del mismo lenguaje como puntos de referencia para construir la identidad nacional.

El movimiento revolucionario permitió el reconocimiento de otros espacios geográficos y otras culturas –manifestadas en las etnias culturales– que van a ser reconocidas por un Estado mexicano posrevolucionario que inicia un proceso de reconstrucción nacional. Este momento de efervescencia cultural le tocará vivirlo, aunque sea al final de sus días, a Ramón López Velarde en estos cambios y movimientos que se daban en el campo y las ciudades por la lucha revolucionaria, como lo afirma el historiador Frederick C. Turner:

Mediante el contacto de las muchedumbres urbanas y con las personas de diversas extracciones regionales y étnicas que se hallaban en la ciudad en calidad de miembros de los ejércitos federales o de los revolucionarios, los mexicanos fueron adquiriendo una noción mucho más amplia que la que antes poseían de las bases reales de su comunidad nacional.¹²

¹¹ Luis González, "Microhistoria para Multiméxico". en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 2, México: El Colegio de México, 1971, pp. 235-236.

¹² Frederick C. Turner, *La dinámica del nacionalismo mexicano*, México, Grijalbo, 1971, p. 163.

Al término de la lucha armada revolucionaria, la pacificación y la legitimación de los triunfantes principios revolucionarios serán los anhelos buscados por los gobiernos de: Venustiano Carranza (1917-1920), Adolfo de la Huerta (1920) y por Álvaro Obregón (1920-1924), los cuales, serán fudamentados en la Constitución de 1917 y en el discurso revolucionario.

Con la creación de la Secretaría de Educación Pública en 1921, bajo las órdenes del pensador José Vasconcelos y con el pleno respaldo del gobierno obregonista, se inicia una de las etapas culturales más importantes del México emanado de la revolución. Da pie a la famosa cruzada educativa a lo largo del territorio nacional.

La inmensa labor educativa y cultural que emprende José Vasconcelos obedece a un proyecto de largo aliento que tendrá repercusiones hasta la década siguiente. No solamente es el plano educativo, sino que este proyecto lleva en sí, una serie de acciones que forjarán un nuevo rostro de México, de sus instituciones y el papel que tendrán distintos actores sociales en esta obra de redención nacional.

En este contexto, de amplitud de horizontes y propuestas culturales, el famoso poema de Ramón López Velarde aparecerá en la revista *El Maestro* en 1921, y desde su publicación se convertirá en un emblema de la ideología revolucionaria que se interesa por integrar a todos los actores sociales del país en la construcción de un México moderno, industrializado, cosmopolita y nacionalista.

En este sentido, el poema de *La Suave Patria*, se convierte en un canto de esperanza y en un medio más para buscar la llamada identidad nacional. Y como lo apunta Víctor Manuel Mendiola:

“La Suave Patria” habla de México, de la capital, de las ciudades pequeñas, de los pueblos, de la tierra, de las plazas, de las fiestas, de las costumbres y, al mismo tiempo, de la historia y de los riesgos internos y externos que acechan al país, de la sed de destrucción de las facciones políticas y del afán de dominio de la sociedad norteamericana con sus misioneros puritanos, sus políticos aprovechados y su codicia del territorio nacional.¹³

Ramón López Velarde logró una mirada microscópica exacta de nuestra riqueza natural, de la infinidad de paisajes, de las rutas de la historia patria, de los sabores y condimentos gastronómicos de la cocina mexicana, rica y

¹³ Víctor Manuel Mendiola (ed.), en Ramón López Velarde, *La Suave Patria*, México: Ediciones El Tucán de Virginia, 2013, p. 59.

variada, de esos héroes que perduran en la memoria por sus luchas y valores, entre muchos temas claros y profundos y otros insinuados y susurrador por las costumbres y la moral:

Suave Patria: tú vales por el río
De las virtudes de tu mujerío
Tus hijas atraviesan como hadas,
O destilando un invisible alcohol,
Vestidas con las redes de tu sol,
Cruzan como botellas alambradas.
Suave Patria: te amo no cual mito,
Sino por tu verdad de pan bendito,
Como a niña que se asoma por la reja
Con la blusa corrida hasta la oreja
Y la falda bajada hasta el huesito.¹⁴

En estos versos se encuentran un mundo de emociones y de sentires de la costumbre que no muere y nos da vida. De ese mundo íntimo, parroquial, que acecha al artista, lo moldea y le proporciona una cierta imagen del mundo. De ese mundo que compartió en su infancia y con su familia, y que es determinante para las visiones que tendrá el poeta, o el artista, en el futuro.

Educación sentimental que brota, se desparrama a través del lenguaje y nombra a ese mundo pasado, pero que ahora se ilumina con un presente de cambios y transformaciones. Es el mundo del ayer, de ese mundo del poeta que con la magia de las palabras nos transporta a un mundo que es nuestro, que compartimos como comunidad imaginada, como las raíces de ese nacionalismo que se vierte en la memoria y en las acciones diarias de la vida.

Es ese anhelo de unidad, de continuidad, de buscar ese ser trascendente que nos invita al festín de lo nacional. De reconocernos nosotros mismos en las aguas subterráneas que circulan en los manantiales de nuestro agreste paisaje. Y como bien lo pudo discernir el historiador Alfonso Teja Zabre:

Y López Velarde, sin llegar a la mística, tiene los anhelos espirituales y evoca el paisaje de la tierra y del alma de México, entre neblinas temblorosas de luz. Alma de nardo, voluntad intermitente, sangre y huesos de árabe español. Es decir, un criollo

¹⁴ Ramón López Velarde, *El son del corazón*, México: Conaculta/Planeta, 2002, p. 56.

completo. Con buen derecho podríamos hablar de él, como un provinciano universal, o un mexicano universal, por la sangre devota, por la zozobra muy íntima y la visión de la suave patria.¹⁵

La Suave Patria es uno de los hilos principales en el telar de la poesía mexicana. Donde se encuentran los ecos del ayer en las voces del presente. Es un grito que desgarrar el alma nacional para mostrar lo que fuimos, lo que somos y lo que podemos ser. El rescate de esa sabiduría diaria, ancestral que nos identifica en la memoria colectiva de un pueblo de una historia.

Es esa fuerza de ser, esa virtud de mostrarnos como somos, sin tapujos y falsas máscaras. No debemos olvidar nuestro pasado, ni desfigurar nuestro rostro, los ojos de la claridad nos ven diariamente y nos reconocen como tales. Es la intimidad del poeta que se proyecta a una escala mayor: lo nacional, ennoblece su acontecer poético y sus temas rodean la vida y la visión que tiene el poeta sobre sí mismo y los demás. Esta múltiple dimensionalidad es parte de los grandes poetas, como lo afirma Octavio Paz en relación a López Velarde:

Para López Velarde expresión es sinónimo de exploración interior y ambas de creación de sí mismo. No quiere decir lo que siente; quiere descubrir quién es él y qué es aquello que siente –para sentirlo más plenamente, para ser lo que es con mayor albedrío. Esa búsqueda de sí mismo desemboca en la búsqueda de “otra realidad” porque el hombre nunca es el mismo enteramente, siempre inacabado, sólo se completa cuando sale de sí y se inventa.¹⁶

Es el poema de Ramón López Velarde un ejercicio para mostrar parte de esa alma nacional que los gobiernos posrevolucionarios buscaban en la unificación de una educación homogénea, patriótica, a través del muralismo, la literatura, la música y toda expresión que respaldará su proyecto ideológico, político y cultural.

V Palabras finales

La Suave Patria es un poema complejo, de variadas y posibles lecturas e interpretaciones. En él se encuentra, en gran medida, retratados los ingredientes de la cocina histórica-literaria, con la cual, se muestra el menú de la tradición poética mexicana.

Se le considera, por algunos, un poema de inflexión entre lo tradicional y lo moderno. Es una representación dual del pasado y del presente, para conjuntar las fuerzas que se

¹⁵ Alfonso Teja Zabre, “Imágenes de México”, en *Historia Mexicana*, vol. I, núm. 3. México: El Colegio de México, 1952. p. 362.

¹⁶ Octavio Paz, *Cuadrivio*, México: Joaquín Mortíz, 1980. p. 90.

anudan en una visión nacionalista de la historia mexicana. Tal cara de Jano, nos muestra un pasado que no ha muerto y un presente que no termina de nacer.

Provincias, amores ocultos, relaciones enclaustradas, pasiones reprimidas, héroes recordados, paisajes agrestes, mitos, tiempos, soledades, espejos cotidianos, anhelos frustrados, son sólo algunos de los muchos temas que tiene un poema corto y de difícil lectura para un pueblo donde la poesía no es el pan cotidiano de nuestro acontecer y nuestros ayeres.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Arendt, Hannah. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. México: Austral, 2018.
- Bulnes, Francisco. *Los grandes problemas de México*. México: Ediciones de "El Universal", 1927.
- Campos Pérez, Lara. *Ave, oh Porfirio! Conmemoraciones, cesarismo y modernidad al final del Porfiriato (1900-1911)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- Gamio, Manuel. *Forjando Patria*. México: Porrúa, 1982.
- González, Luis. "Microhistoria para Multiméxico", en *Historia Mexicana*. Vol. XXI, núm. 2, México: El Colegio de México, 1971.
- Knight, Alan. *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados*. México, 1910-1940. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Köhler, Andrea. *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2018.
- López Velarde, Ramón. *El son del corazón*. México: Conaculta/Planeta, 2002.
- López Velarde, Ramón. *La Suave Patria*. México: Ediciones El Tucán de Virginia, 2013.
- Pacheco, José Emilio. *Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil*. México: Secretaría de Cultura/Ediciones Era, 2018.
- Paz, Octavio. *Cuadrivio*. México: Joaquín Mortíz, 1980.
- _____, *La casa de la presencia. Poesía e Historia. Obras Completas I*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- _____, *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Renán, Ernest. *Qué es una Nación?* Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- Reyes, Alfonso. "México en una nuez". En *México*. Vol. 1. México: Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Tecnológico de Monterrey, 2005.
- Rocker, Rudolf. *Nacionalismo y Cultura*. México: Alebrije/Reconstruir, 1986.
- Teja Zabre, Alfonso. "Imágenes de México", en *Historia Mexicana*. Vol. I, núm. 3. México: El Colegio de México, 1952.
- Turner, Frederick C. *La dinámica del nacionalismo mexicano*. México: Grijalbo, 1971.